manera constante hacia el Sur, y cuando finalmente encalla en el cabo Shirreff, en la costa norte de la isla de Livingston, se ha desviado entre 400 y 500 millas de su ruta y se encuentra a la altura de la Antártida.

El capitán inglés William Smith, a bordo del bergantín *Williams*, llega a la isla de Livingston en octubre del mismo año. En su cuarta expedición, ya en enero de 1820, descubre rastros del naufragio del navío español y abundantes indicios de presencia humana reciente en un campamento improvisado. De vuelta en Valparaíso, admite que no ha sido el primer hombre en pisar aquel rincón del Polo Sur, pero las autoridades de su país le conminan a callar, de manera que Smith queda para la Historia como el descubridor de la Antártida.

Álber Vázquez explica de esta manera una dinámica que se repite sin cesar: «Ellos, los británicos, corren un tupido velo sobre el hallazgo. Por el contrario, los españoles nos mostramos fieles a nuestra costumbre de olvidarnos de todo lo que nos pasa, y por eso la historia del *San Telmo* es tan poco conocida aquí. Estoy tentado de decir que ellos son demasiado listos y nosotros, todo lo contrario, pero sí es seguro que los ingleses gestionan muy bien sus éxitos y oportunidades y que nosotros lo hacemos muy mal».

El novelista vasco se percató, en el transcurso de la escritura de *Muerte en el hielo*, de que «en España sólo había seis o siete personas interesadas en este tema. El olvido se nos da muy bien. Yo intento con mis novelas luchar contra ello, sin caer tampoco en el chovinismo del que a veces acusamos a otros países. Simplemente digo que, si hay cosas de nuestro pasado que realmente merecen ser recordadas, ¿por qué no lo hacemos? El barco embarrancó en la Antártida, así que quienes descendieron a tierra fueron los primeros que la pisaron, ni más ni menos», sentencia.

Prueba de que los ingleses reconocieron inicialmente que los españoles llegaron antes a la Antártida es que, relata Vázquez, «existen cartografías inglesas de la época donde aparece un pequeño islote al norte de la isla de Livingston que se llama Telmo. Ésa es una de las pruebas más fiables de la presencia española, junto con el testimonio de Smith antes de que le mandaran guardar silencio».

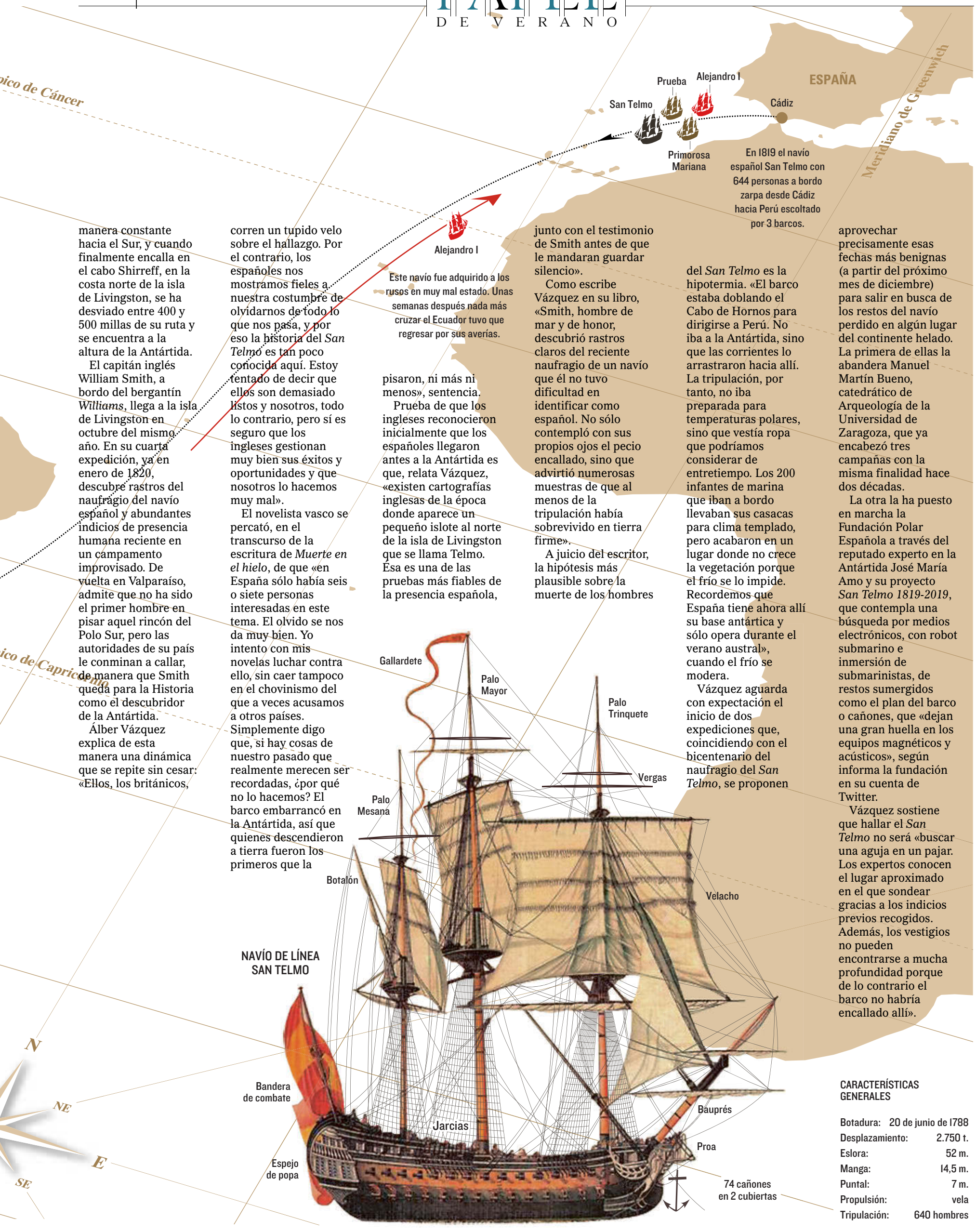
Como escribe Vázquez en su libro, «Smith, hombre de mar y de honor, descubrió rastros claros del reciente naufragio de un navío que él no tuvo dificultad en identificar como español. No sólo contempló con sus propios ojos el pecio encallado, sino que advirtió numerosas muestras de que al menos de la tripulación había sobrevivido en tierra firme».

A juicio del escritor, la hipótesis más plausible sobre la muerte de los hombres del *San Telmo* es la hipotermia. «El barco estaba doblando el Cabo de Hornos para dirigirse a Perú. No iba a la Antártida, sino que las corrientes lo arrastraron hacia allí. La tripulación, por tanto, no iba preparada para temperaturas polares, sino que vestía ropa que podríamos considerar de entretiempo. Los 200 infantes de marina que iban a bordo llevaban sus casacas para clima templado, pero acabaron en un lugar donde no crece la vegetación porque el frío se lo impide. Recordemos que España tiene ahora allí su base antártica y sólo opera durante el verano austral», cuando el frío se modera.

Vázquez aguarda con expectación el inicio de dos expediciones que, coincidiendo con el bicentenario del naufragio del *San Telmo*, se proponen aprovechar precisamente esas fechas más benignas (a partir del próximo mes de diciembre) para salir en busca de los restos del navío perdido en algún lugar del continente helado. La primera de ellas la abandera Manuel Martín Bueno, catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza, que ya encabezó tres campañas con la misma finalidad hace dos décadas.

La otra la ha puesto en marcha la Fundación Polar Española a través del reputado experto en la Antártida José María Amo y su proyecto *San Telmo 1819-2019*, que contempla una búsqueda por medios electrónicos, con robot submarino e inmersión de submarinistas, de restos sumergidos como el plan del barco o cañones, que «dejan una gran huella en los equipos magnéticos y acústicos», según informa la fundación en su cuenta de Twitter.

Vázquez sostiene que hallar el *San Telmo* no será «buscar una aguja en un pajar. Los expertos conocen el lugar aproximado en el que sondear gracias a los indicios previos recogidos. Además, los vestigios no pueden encontrarse a mucha profundidad porque de lo contrario el barco no habría encallado allí».



CARACTERÍSTICAS GENERALES

Botadura:	20 de junio de 1788
Desplazamiento:	2.750 t.
Eslora:	52 m.
Manga:	14,5 m.
Puntal:	7 m.
Propulsión:	vela
Tripulación:	640 hombres